

DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS 1995¹

por CLAUDIO TEITELBOIM

Como es claro, este premio no se entrega a mi persona sino que a mi trabajo. Al trabajo de una vida dedicada a hacer explícito a través del esfuerzo, el sudor y la angustia humanas, algo que antes estaba sólo implícito en el Universo, que es lo que llamamos un descubrimiento científico.

No será difícil encontrar un uso para la parte financiera del premio que sea apropiado a su origen. Pero yo quisiera hacer lo mismo con la momentánea celebridad que él trae consigo, usando este momento como una oportunidad en la que quizás pueda ser oído por los jóvenes, hombres y mujeres dedicados a la misma angustia y trabajo y entre los cuales ya debe encontrarse el que algún día estará aquí, donde yo estoy hoy.

El presente es meramente la intersección entre el pasado y el futuro. Les corresponde, entre otros, a los científicos, hacer que el futuro del hombre sea tanto o más generoso que su pasado y que en él pueda subsistir y prevalecer.

Para lograr esto, el joven científico debe escuchar su voz interna, forjar su propio rumbo, crear su propio espacio y desarrollar su propio estilo. No debe dejarse sofocar por las pautas y prioridades, que a veces con las mejores intenciones se le tratan de imponer desde fuera. Si el científico permite que su pasión se adúltere, estará condenado al fracaso y habrá atentado contra su libertad.

Es mil veces preferible cometer errores, incluso grandes errores, que trabajar para lograr un fruto miserable que no esté ni siquiera equivocado.

Por último, algo de la mayor importancia: no hay que tomarse demasiado en serio.

¹Pronunciado el día 5 de diciembre de 1995, en el Ministerio de Educación.

Agradezco al señor Ministro de Educación el honor que mi país me otorga a través suyo, como alto representante, y me comprometo a honrar el premio, como es mi deber.